

LAS FIGURAS JUSTAS

Sobre Marcos Zangrandi. *Familias póstumas. Literatura argentina, fuego, peronismo*. Buenos Aires: Godot, 2016. 284 pp.

Javier Gasparri

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Universidad Nacional de Rosario

En los últimos años, las bibliotecas que se organizan en torno a la crítica literaria y cultural, y las investigaciones que las acompañan, promueven entre sus efectos intervenciones muy propicias para la construcción de mapas que, en la articulación de diferentes niveles, postulan formas novedosas de abordaje e invitan, por eso, a la consideración de hipótesis que desbordan el mapa literario e incluso cultural y proponen un conocimiento que afecta otros planos. Si bien esas hipótesis que plantean pueden tener distintos grados de aceptación (en la medida en que sus resoluciones resultan más o menos persuasivas), de todas maneras la dirección y el horizonte en el que se busca inscribir el abordaje ya da cuenta de un estado del pensamiento y de lo investigable en estos ámbitos. El libro de Marcos Zangrandi, *Familias póstumas. Literatura argentina, fuego, peronismo*, no es la excepción a este flujo y sus postulaciones medulares resultan altamente persuasivas para la reconsideración de un período (de un relato) en el que se tensa la política -en el cuerpo social- con la literatura -en sus problemas culturales-, o bien, se puede leer en la literatura un estado sociocultural. Ese período es en gran medida el de la década del '50, y específicamente, entre los años 1953 a 1963.

A partir de entonces [los '50] (...) la cultura y la política estaban visiblemente anexadas: la literatura era debate, compromiso y construcción del horizonte político; la política le otorgaba dimensión y cuerpo a la literatura (p. 70).

Desde ya, poner en relación la literatura con la política supone una tradición que no es precisamente actual, pero cuando esa relación no se agota en la simple constatación recíproca (en tanto representación) sino que -como vemos en la cita precedente- se afectan una a la otra, ahí ya encontramos algo nuevo: una llama que ilumina o puro fuego. Y esta última invocación quiere ser más que un guiño: en efecto, el fuego organiza buena parte del recorrido que traza Zangrandi, y esto ocurre por el modo en que siempre encuentra las figuras justas para anclar imágenes con un alto poder condensador, ilustrativo o simbólico. Así estas figuras, por si faltaba dar un paso más, se van enhebrando y articulando con una prolijidad notable, van moviendo los hilos que hacen de este mapa una construcción tan inteligente como sutil. Esas figuras incluyen casas, parricidios, gigantismos, descabezamientos, y por supuesto familias, entre otras tantas, que van trazando diferentes series de lectura y organizando distintas secuencias, a partir de las cuales se habilita el nudo de la postulación: cómo en este período se puede detectar o señalar la descomposición de la familia y la emergencia multiforme de vínculos que aparecen a partir de allí: las familias póstumas. Escribe el autor:

(...) las narraciones de las *familias póstumas* plantean una desarticulación completa de la cohesión familiar y de su orden tradicional como consecuencia de los desórdenes externos, identificados no con los peligros de la criminalidad suburbana [como en otro momento] sino con las transformaciones políticas y culturales que conmueven sus cimientos. Por esta razón, las ficciones de Viñas (...), de Guido y de Mujica Lainez redundan sobre grupos

mutilados, revueltos y desgarrados, llevados hasta el extremo de la disolución de una figura que se presume plataforma del orden social (p. 151).

Y la aparición permite, además, la lectura de dos aspectos que en gran medida la sostienen: el modo en que el peronismo (el gran Padre-Gigante) introdujo los cambios sociales que permean la transformación y el modo en que la literatura funciona como máquina perceptiva respecto de las transformaciones del horizonte cultural junto a su valoración y su lugar en él.

Por cierto, lxs tres escritorxs con lxs que *Familias póstumas* organiza su corpus es otro punto clave en lo novedoso de su configuración: Manuel Mujica Láinez, David Viñas y Beatriz Guido. Ante la sorpresa de tres autorxs tan disímiles, y que a primera o simple vista parecerían incomparables, el correr de las páginas persuade cada vez con más agudeza del modo en que sus obras poseen un contacto notable y exhiben de manera singular las diferentes torsiones y pliegues que hacen las imágenes de las familias póstumas. Pero no solamente sus abordajes están en función del eje crítico sino que sus distintas lecturas aportan direcciones que resultan de interés para cada obra en particular, y en las que incluso cada escritor ilumina al otro. Por ejemplo, no se podrá prescindir de la lectura que traza Zangrandí para estudiar desde ahora al Viñas crítico (a la luz de la consonancia o interferencia con los problemas que hacen al narrador) o a un Mujica Láinez camp desmarcado o al menos corrido de la determinación patricia. En este punto, además, resulta destacable el modo en que el libro se desplaza respecto del canon literario en torno al peronismo (“La fiesta del monstruo”, “Casa tomada”, “Cabecita negra”, etc.) para acercarnos a una lectura no menos intensa y conflictiva a través de tres escritorxs que, en principio, no se hallaban inscriptos de manera directa allí. Y en esta dirección, cabe apuntar dos

cuestiones más. Una: el alto rigor en el detalle significativo que va construyendo la lectura (la fluidez con que pasamos de una consideración teórica, por caso, a un abordaje ficcional marca una destreza y un dominio -del corpus y de la escritura-destacable, que además delata una investigación impecable). Dos: el modo en que no casualmente estxs tres escritorxs se vinculan con el cine, lo cual permite una lectura cultural de plano largo que no se reduce al fetiche textual y permite, al mismo tiempo, evaluar el lugar de la literatura en el campo más amplio de los problemas culturales que la atraviesan y en gran medida la definen, así como examinarla en sus derrames a otras formas de arte; dicho de otra manera, se trata no de una simple relación entre dominios (literatura y cine) sino del modo en que estxs escritorxs se vinculan con el cine y los efectos mediante los cuales se devuelve otra lectura posible de ellxs y de sus obras.

En el trayecto más global del libro, y entre sus figuras más notables para organizar (literal y metafóricamente) las familias póstumas, el fuego ocupa un lugar no solo central sino inaugural, vinculado con el peronismo en un año clave, cuya irrupción ya no tendrá retorno en sus efectos, ni para “la familia” ni para la literatura. El fuego, entonces, se asocia a esta imagen histórica que significa el momento cultural en el que se inaugura la mutación a recorrer:

El fuego que lo consumió [al Jockey Club] en 1953 era, más que ningún otro proceso anterior, la imagen de una fuerza política que trastornaba hasta los cimientos la patria concebida por las elites desde las últimas décadas del siglo XIX (p. 22).

De este modo, en la descomposición familiar vinculada a un estado sociocultural, una de las reconfiguraciones será dada por lo que el autor llama “sexualidades alteradas” y que ponen en juego especialmente dos prácticas: la homosexualidad y la

prostitución. En este punto, el aporte del libro para el estudio de las sexualidades disidentes en la literatura del período resulta sobresaliente e imprescindible. Al mostrar las interrupciones al orden familiar cuya clave es el patriarcado (y también al revés: el orden patriarcal cuya clave es la familia), se advierte uno de los nudos centrales de las familias póstumas e incluso se pueden deslizar adelantos de “relaciones familiares postpatriarcales” (p. 150). En este sentido, señala Zangrandi:

La abundancia de figuras de sexualidades disidentes respecto de la sujeción normativa, monogámica y patriarcal pone de manifiesto una doble vía de escape: por un lado, de la organicidad de la familia integracionista y regulada del peronismo; por otro, de la coacción opresiva de la familia tradicional. (...) [Las ficciones de lxs tres autorxs] apelan repetidamente hacia modalidades que señalan el agotamiento y la discontinuidad de las grillas ordenadoras del deseo y del cuerpo tal como estaban planteadas hasta entonces y que eran edificantes de la constitución familiar (p. 166).

Como fue dicho, entonces, y vale subrayarlo mediante la vuelta metacrítica, resulta notable el modo en que *Familias póstumas* se luce como una investigación cultural y literaria que será de referencia, construida a partir de un corpus de escritorxs en principio heterodoxos pero con un eje que vertebra y transversaliza la clara y precisa delimitación de un objeto y un problema que son abordados con resultados muy valiosos, lo cual además hace de esta investigación un ejercicio de rigor y estilo. Es que para poder examinar el lugar de lo político en lo social y el de la literatura en la cultura sin reducirlos a meras reificaciones y manteniendo sus tensiones y ambivalencias, las hipótesis se van desplegando a través de una forma consonante y conveniente que es, en última instancia, la que marca el ritmo para las imágenes tan justas que hacen a las familias póstumas (por ejemplo, la captura de los jóvenes de

Contorno, para introducir la figura del parricidio, como aquellos que “escriben con el mismo gesto con el que entierran a un muerto” (p. 71) en el primer número de la revista). Y es así (el ejemplo anterior puede multiplicarse numerososamente) que se van armando los hilos de las diferentes secuencias y series ficcionales (el subtítulo del libro es elocuente en este sentido) que organizan la narración crítica de Zangrandi y sobre todo a partir de las distintas figuras críticas nodales que la con-figuran: casas, familias, incendios, territorios (las casas organizan familias, son devoradas por el fuego, constituyen territorios que a su vez se disputan y renuevan, y así). La imagen inicial, con el incendio de la casa patricia que propone e introduce la transformación que vendrá y también reorganiza para atrás, es nítida en la articulación entre las razones históricas con el verdadero paladeo de las ficciones que las ahorra de funcionar como mera ilustración ejemplificadora y las promueve, más bien, a una renovación de la lectura de cada autorx.

Tres cruces, entonces, que muestran que el incendio de 1953 empujó en verdad, a la relectura crítica y politizada de tópicos centrales de literatura argentina, como si esta fuese una máquina parlante inyectada repentinamente de combustible. Las explosiones en Plaza de Mayo y la multitud excitada castigando a la casa patricia trastornaron la manera en que se pensaba, se leía y se escribía bajo el peronismo: a la luz de las llamas. El marco de escaladas gestuales y palabras enconadas redescubrió, renovó y reinscribió la tradición literaria en la nueva coyuntura. En este marco *incendiario*, Guido, Viñas y Mujica Lainez participan de una instancia histórica en la que se avanzaba mirando hacia atrás (p. 28).

Además de una precisa Introducción, el libro desarrolla su recorrido mediante cuatro capítulos tan inteligentes como prolijos, sumado a un Anexo en el tercer capítulo (núcleo

imprescindible) en el que se elabora una lectura muy atinada de *Los ídolos* de Manuel Mujica Lainez. Las notas al pie que acompañan el desarrollo resultan asimismo destacables en sus aportes críticos, suplementarios y/o documentales y la escritura de Zangrandi sella el resto con su fluidez y amenidad.